

nozca? ¿Que cuando llegues á pedirle sus promesas y premios, te deseche, aparte y excluya? ¿Que te diga con fuerza y severidad de juez, esta obra no es mia, ni es la nuestra esta imagen? Ensuciaste la tez con falsa postura: demudaste el cabello con deshonesto color: hiciste guerra y venciste á tu cara: con la mentira corrompiste tu rostro: tu figura no es esa: no podrás ver á Dios, pues no traes los ojos que Dios hizo en ti, sino los que te inficionó el demonio: tú le has seguido: los ojos pintados y relumbrantes de la serpiente has en ti remedado: figurástele de él, y arderás juntamente con él.»—Hasta aquí son palabras de San Cipriano.

Y San Ambrosio habla no menos agriamente que él, y dice así (1): «De aquí nace aquello, que es vía é incentivo de vicios, que las mujeres temiendo desagradar á los hombres, se pintan las caras con colores ajenos: y en el adulterio que hacen de su cara, se ensayan para el adulterio, que desean hacer de su persona. Mas ¿qué locura aquesta tan grande, desechar el rostro natural, y buscar el pintado? Y mientras temen de ser condenadas de sus maridos por feas, condenarse por tales ellas á sí mismas? Porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí, y lo condena por feo: y mientras procura agradar á los otros, ella misma á sí se desagradar primero. ¿Dí, mujer, qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea, y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á ti, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti afeitada, no ama á ti, sino á otra: y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en ti á ser adúltero, y si pone en otra su amor; recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra ti misma. Más tolerable en parte es ser adúltera, que andar afeitada. Porque allí se corrompe la castidad, y aquí la misma naturaleza.»—Estas son palabras de San Ambrosio. Pero entre todos San Clemente Alejandrino es el que escribe más extendidamente, diciendo (2): «Las que hermocean lo que se

(1) Amb. lib. de virginibus.

(2) Lib. 3. del Pedagogo, cap. 2.

descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas columnas, y edifican los muros de ellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas, y los mismos templos los hermocean con plata, y con mármoles traídos desde Etiopía, y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro. Mas en lo secreto de ellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido, buscare la imagen del Dios, que en ellos mora, y si la guarda de ellos, ó algún otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algún himno en su lengua, y descubriendo apenas un poco del velo, le mostráre la imagen; es cosa de grandísima risa, ver lo que adoran: porque no hallaréis en ellos algún Dios, como esperábades, sino un gato, ó un cocodrilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ú otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva, ó de escondrijo, ó de cieno: que como un poeta antiguo les dijo:

Son fieras sobre púrpura asentadas,
Los dioses á quien sirven los gitanos.

«Tales pues me parecen á mí las mujeres, que se visten de oro, y se componen los rizos, y se untan las mejillas, y se pintan los ojos, y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle, y demasiado: y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente, como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levantase el velo del templo, digo, si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeite, esto es, el velo, y la cobertura compuesta de todas estas cosas, por ver si hallaría dentro lo que de veras es hermoso, abominarías, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallará en su secreto de ellas por moradora, según que era justo, á la imagen de Dios, que es lo digno de precio; mas hallará que en su lugar ocupa una fornicaria, y una adúltera lo secreto del alma, y averiguará, que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada, ó sierpe engañosa, que tragando lo que es de razón en el hombre, por medio del deseo del vano aplacer, tiene el alma

por cueva, adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebosando el tóxico de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera a queste dragón alcahuete. Porque el darse al afeite, de ramera es, y no de buena mujer. Como claramente se ve, porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es el desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos; y para que testifiquen muchos, que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los días al arte del afeitarse, con personas alquiladas á ello. Así que procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida, y de mala vista: y entre día por el afeite se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche de ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luego se hace afuera aquesta adulterada hermosura, á quien ayuda entonces para ser tenida en algo la embriaguez, y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Ve fuera de esta casa, que la buena
No trata de hacer rubios los cabellos.

«Y no dice, que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven, que con añadir lo postizo, destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven, que matizándose cada día, y estirándose el cuero, y emplastándose con mezclas diversas, secan el cuerpo, y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia: y así vienen á tornarse amarillas, y á hacerse dispuestas, y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne, que se sobrepintan, gastada, y vienen á deshonorar al fabricante de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debía: y son con razón inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no más de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice: *¿Qué hecho podremos hacer las mujeres que de precio sea, ó de valor, pues repintándonos, y enfloriándonos cada día, borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa, y de*

tropiezos para los maridos, y de afrenta de nuestros hijos? Y así mismo Antiphanes, escritor también de comedias, mofa de aquesta perdición de mujeres, poniendo las palabras que convienen, á lo que comunmente todas hacen, y dice: *Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, para, limpiase, revuelve, relimpíase, péinase, sacúdese, friégase, lávase, espéjase, vístese, almízclase, aderezase, rociase con olores, y al fin si hay algo que no, ahógase, mátase.* Merecedoras no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las freces del cocodrilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las abeñollas hacen hollín, y albayalde para embarnizar las mejillas. Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, la verdad ¿cómo no las desechará, y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice de ellas reprendiéndolas? ¿Qué? Pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpétua; sino que no pudo llegar á tanto su buen decir. Y verdaderamente que yo me avergonzaria, si pudiese defenderlas con alguna buena razón, de que las tratase así la comedia. Pues dice: *De más de esto* acaban á sus maridos, porque su primero, y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos, esta es su obra, y todas las demás en su comparación les son accesorias. ¿Es por aventura algunas de ellas pequeña? Embute los chapines de corcho. ¿Es otra muy luenga? Trae una suela sencilla, y anda la cabeza metida en los hombros, y hurta esto al altor. ¿Es falta de carnes? Afórrase de manera que todos dicen, que no hay más que pedir. ¿Crece en barriga? Estréchase con fajas, como si trenzase el cabello, con que va derecha, y cenceña. ¿Es sumida de vientre? Como con puntales hace la ropa adelante. ¿Es bermeja de cejas? Encúbrelas con hollín. ¿Es acaso morena? Anda luego el albayalde por alto. ¿Es demasidamente muy blanca? Friégase con la tez del humero. ¿Tiene algo que sea hermoso? Siempre lo trae descubierto. ¿Pues qué si los dientes son buenos? Forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se rie, y trae entre los dientes siempre algún palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos *esté abierta la boca.* Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio

contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vías posibles: mas luégo apretaré con las letras sagradas, que al malo público, natural le es apartarse de aquello en que peca, siendo reprendido, por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados, ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve, hace indicio de enfermedad; así el color postizo, y los afeites de fuera dan á entender, que el alma en lo de dentro está enferma. Amonesta nuestro divino Ayo y maestro, que *no lleguemos al río ajeno*, figurando por el *río ajeno* la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas. *Contiéndete*, dice (Eccli. cap. xxv, v. 30.), *del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas*: amonestándonos, que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente; porque el hacerlo así, añade años de vida. Grandes vicios son los del comer y beber, pero no tan grandes con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; porque para satisfacer al gusto, la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, y á los carmesies, y á las piedras preciosas, no les es suficiente, ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas de ella, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas de ellas, sino pobres siempre, y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber. Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su afición, y sus ojos, ¿cómo no serán ciegas? Y es, que como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada; porque les es necesario el teatro, y la procesión, y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias, y el detenerse en las calles, para ser contempladas de todos: porque cierto es, que se aderezan para contentar á los otros. Dice Dios por Jeremías (Jerem. cap. iv, v. 30.): *Aunque te rodees de púrpura, y te enjeyes con oro, y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura*. Mas ¿qué desconcierto tan grande, que el caballo y el pájaro, y todos los demás animales de yerba y del prado, salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos

con su color natural; y que la mujer, como de peor condición que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta? Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazón. Porque sin duda como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo; así las floridas pinturas del rostro son señal, y pregón de ramera. Porque los volantes, y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen de ellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que á manera de niños ignorantes hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres raidas, y tales que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras. Dios nos avisa (II. ad Cor., cap. iv, v. 18.), que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre, porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno: y ellas locamente inventan espejos, adonde como si fuera alguna obra loable, se vea su artificiosa figura, á cuyo engaño le venía mejor la cubierta y el velo. Que como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moysén á los hombres (Exod. cap. xx, v. 4.; Deuter. cap. v, v. 8.), que no hagan alguna imagen, compitiendo en el arte con Dios; ¿cómo les será á las mujeres licito, en sns mismas caras formar nuevos gestos, en revocación de lo hecho? Al profeta Samuel, cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de Jessé, pareciéndole, que el más anciano de ellos era hermoso, y dispuesto, y queriéndole ungir, dijole Dios (Lib. I. Reg. cap. xvi, v. 7.): *No mires á su rostro, ni atiendas á su buena disposición de ese hombre, que le tengo desechado: que el hombre mira á los ojos, y Dios tiene cuenta con el corazón*. Y así el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del alma; ¿qué juzgará de la postiza y fingida, el que todo lo falso desecha y aborrece? *En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista* (II. ad Cor. cap. v, v. 7). Manifiestamente nos enseñó en Abrahám el Señor (Gen. cap. xii, v. 1.), que ha de menospreciar, quien le siguiere, la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas, y bienes vi-

sibles. Hízole peregrino, y luégo que despreció su natural, y el bien que se veía, le llamó amigo suyo. Y era Abrahám noble en tierra, y muy abundante en riqueza: que como se lee (Gen., cap. xiv, v. 14.), cuando venció á los reyes que prendieron á Loth, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas. Sola es Ester la que hallamos (Esther, cap. v, v. 1.) haberse aderezado sin culpa, porque se hermosteó con misterio, y para el Rey su marido; demás de que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á la muerte. Y así lo que se concluye de todo lo dicho es, que el afeitarse, y el hermostearse, á las mujeres hace rameras, y á los hombres hace afeminados y adúlteros. Como el poeta trágico lo dió bien á entender, cuando dijo:

De Frigia vino á Esparta el que juzgara,
según lo dice el cuento de los griegos,
las Diosás. Hermosísimo en vestido,
en oro reluciente, y rodeado
de traje barbaresco, y peregrino.
Amó, y partióse así, llevando hurtada,
á quien también le amaba, al monte de Ida,
estando Menelao de casa ausente.

»Oh belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. A la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policia, y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter. Mas en aquello no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos: ni menos quien les dijese, no fornicarás, ni desearás fornicar, que es decir, no caminarás al fornicio con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite, ni con el exceso del aderezo demasiado.»—Hasta aquí son palabras de San Clemente. Y Tertuliano, varón doctísimo, y vecino á los Apóstoles, dice (1): «Vosotras tenéis obligación de agradar á solos vuestros maridos. Tanto más los agradaréis á ellos, cuanto menos procurarédes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea: cuando escogió se agradó, porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron agradable. No piense ninguna que si se compone templada-

(1) Tert. lib. de Cultu foëminar.

mente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban: el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza para quién la aderezas, si ni el gentil la cree, ni el cristiano la pide? Para qué te desentrañas por agradar al receloso, ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á que seais algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo; sino dígoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezareis vuestro cuerpo. No habéis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor. Porque sin duda le ofenden las que se untan con uncciones de afeites el rostro, las que se manchan con arrebol las mejillas, las que con hollín alcoholan los ojos. Porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de faltar á la obra divina, reprenden al artifice que á todos nos hizo. Repréndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio. Porque quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que trasformó en malicia la imagen del alma? El sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se hace obra de Dios es: luego lo que se finge y artiza, obra será del demonio. Pues qué maldad, á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos: el buen soldado no desea mercedes del que á su capitán es contrario: que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve. Y recibirá ayuda y favor de aquel malo el cristiano? si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya de Cristo: porque es más de aquel cuyas enseñanzas aprende. Mas cuán ajena cosa es de la enseñanza cristiana, de lo que profesáis en la fe, cuán indigno del nombre de Cristo, traer cara postiza las que se os mandó, que en todo guardéis sencillez? Mentir con el rostro las que se os veda mentir con la lengua? Apetecer lo que no se os da, las que os debéis abstener de lo ajeno? Buscar el parecer bien, las que teneis la honestidad por oficio? Creedme, benditas, mal guardaréis lo que Dios os man-